



Sam Shepard
Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera
Barcelona
Anagrama
2018
240 páginas

PALABRAS CLAVE: BOB DYLAN – CRÓNICA – ROCK
KEYWORDS: BOB DYLAN – CHRONICLE – ROCK

My back pages

Sergio Frugoni¹

*I'm a man of contradictions, I'm a man of many moods
I contain multitudes*
Bob Dylan

*A feeling that in the past at least there was some form of structure and that our
present state of madness could be healed somehow by ghosts.*
Sam Shepard

En una de las entrevistas que aparecen en el segundo documental que Martin Scorsese le dedicó a Bob Dylan, *Rolling Thunder Revue: A Bob Dylan Story*, el entrevistador le pregunta al bardo de Minnesota qué recuerda de aquella gira mágica y misteriosa de mitad de los setentas. Dylan, esquivo como siempre, dice que no recuerda nada, que pasó hace cuarenta años, que no había nacido aún. La

¹ Sergio Frugoni es Profesor en Letras y Magister en Escritura Creativa. Docente e investigador en la UNLP y la UNSAM. Autor de *Imaginación y escritura* (El Hacedor, 2017) y *Los efectos* (Qeja, 2019). Mail de contacto: sfrugoni@icloud.com

respuesta no sorprende a quien conozca mínimamente al hombre que escribió alguna vez: “Ah, but I was so much older then / I’m younger than that now” y que ha hecho de su propia vida un misterio o, mejor dicho, un enigma inseparable de su obra, hasta volverlas indistinguibles. Bob Dylan ha sido siempre una máscara.

La película de Scorsese es una especie de *road movie* que acompaña la gira que hizo Dylan en 1975 por New England, coincidiendo con dos discos fundamentales de su extensa obra, *Blood on the tracks*, acaso con las canciones de separación más geniales de la historia de la música norteamericana, y *Desire*, que salió después de la gira. Dylan no había tocado en vivo desde fines de los sesentas, luego de su polémico viraje del folk hacia el sonido eléctrico y con un puente en el 74 con los recitales que hizo junto a *The Band*, que abrieron la posibilidad de un proyecto más ambicioso, conceptual y caótico: la *Rolling Thunder Revue*.

El libro que reedita Anagrama cubre el mismo arco temporal y puede leerse —es muy recomendable hacerlo— junto con el documental, ya que Sam Shepard fue convocado por el mismo Dylan para realizar el guión de una película sobre la gira cuyas imágenes serían la fuente del documental de Scorsese. Con algo de diario personal, de crónica, de ensayo sobre la obra de Dylan y de los años convulsionados de mitad de los setentas, Shepard nos lleva al interior de un circo ambulante montado alrededor de un mito; una troupe de músicos y artistas que recorrió el noroeste de Estados Unidos como si fueran personajes de vodevil salidos de algún relato del siglo XIX, esos que leía Dylan en la Biblioteca de Nueva York cuando era un recién llegado al paisaje bohemio de Greenwich Village, buscando el corazón perdido de los Estados Unidos que latía en las canciones del folk que tanto admiraba.

No es una referencia casual, por entonces New England era el centro de la crisis económica de un país que estaba enfrentando el quiebre político, militar y cultural de Vietnam. Las ilusiones de la mayor democracia del mundo se estaban resquebrajando en el momento justo en que empezaban los festejos de bicentenario de los Estados Unidos. La *Rolling Thunder* giraba por los mismos territorios que doscientos años atrás habían recibido a los peregrinos del *Mayflower* en la búsqueda de un mundo nuevo de libertad e igualdad. Shepard escribe: “Rolling Thunder también está buscando algo. Está intentando hacer conexiones, de encontrar mojones en el camino. Es mucho más que otro tour de conciertos, es una peregrinación. Nos estamos buscando”.

Nadie mejor que Dylan, quien había renunciado a ser la voz de la generación de los derechos civiles, para encabezar una aventura caótica por el pasado colonial norteamericano comandando una feria de variedades que, en muchos sentidos, era el reverso carnavalesco de la grandiosidad oficial del

bicentenario. Eran peregrinos, como señala Shepard, pero en una rara mistura con beatniks, forajidos, bufones, poetas y bohemios.

Desde otro punto de vista, el conjunto de personajes que Shepard va describiendo a lo largo de las páginas de su crónica son un desarrollo natural de aquellos a los que Dylan les venía cantando en los sesentas, aventureros y *outlaws* que poblaban el repertorio folk de Hank Williams y Woody Guthrie, sus héroes de voz, guitarra y armónica. Hablando de ellos, Dylan escribió en sus *Crónicas*:

Estos eran capaces de expresar en unos pocos versos lo mismo que un libro entero. Cuesta determinar qué convierte a un personaje o acontecimiento en material folk. Quizá tenga que ver con el hecho de que sus protagonistas posean un carácter franco, honesto y abierto, así como cierto arrojo, en un sentido abstracto (2005: 47).

Y agrega más adelante: “Al legendario atracador de bancos Pretty Boy Floyd lo rodea un halo aventurero. Incluso su nombre dice algo. Hay algo vivo y auténtico en el fango que lo envuelve”.

Estas líneas alcanzan para entender mucho de la poética que fue construyendo Dylan durante toda su carrera camaleónica pero siempre fiel a esta ética de los vagabundos y aventureros anudados a su deseo y mostrando que otra forma de vida es posible. Una banda de peregrinos detrás del “anhelo estadounidense de redención” como dice alguien en el documental de Scorsese.

Esto mismo es lo que Shepard va interrogando página tras página, a veces en torno a la figura enigmática de Dylan, pero sobre todo observando los pueblos que recorren, los personajes que se cruzan en el cambio y los mismos integrantes del carnaval dylaniano, empezando por Allen Ginsberg, figura resplandeciente de grandes momentos del libro. Uno de ejemplo. El tour llega a una especie de resort en Massachuset que había sido copado por cientos de mujeres judías fanáticas del Mah-Jongg, una especie de dominó chino. En la ciudad se llevaba a cabo un torneo internacional de dicho juego. A la noche, en medio de la fiebre lúdica el manager del hotel presenta a Ginsberg, “uno de los poetas más famosos de América”, para una lectura de sus poemas. Ahí delante de las fanáticas jugadoras judías, con Dylan mirando desde el fondo, Ginsberg despliega su voz arrolladora con una oración dolorosa y extensa dedicada a su madre. Shepard dice:

Soy Protestante y algo en el aire se me escapa pero es como estar en presencia de un volcán. Algo sobre las generaciones, sobre ser criado por judíos, el *Kaddish*, el rezo, América, los poetas del lenguaje e incluso Dylan, que se inventó a si mismo de alguna manera afuera de la religión en la que había nacido. Que se hizo un juglar vagabundo en su propia piel y ahora está frente a sus orígenes. Su herencia.

Después de Ginsberg, pasan Joan Baez y luego Dave Mansfield, “the genius kid”, que impresiona a todo el mundo con la destreza con el violín. Finalmente, Dylan toma la escena y toca “Simple twist of fate” en un piano destartado. Hasta ese momento del libro Shepard había estado un poco distante del espíritu gitano del tour, pero en ese momento se rinde:

...cada molécula de aire se enciende. Es la verdadera magia de Dylan”. Y agrega: “No es la clase de energía que te lleva a lo profundo sino esa que impregna coraje y esperanza a todas las cosas y, sobre todo, trae la vida palpitante en primer plano. Si puede hacerlo acá, en un invierno muerto, en un resort fuera de temporada lleno de menopausia, no hay duda de que puede rockear la nación.

El diario de Shepard se va intercalando con otros textos: poemas de Ginsberg, fragmentos de dramaturgia o del guión de la película (un diálogo entre el cowboy Ramblin’ Jack y el *wizard* Bob Dylan), ensayos sobre la poética de sus canciones, listas de personajes posibles y las extraordinarias fotos de Ken Regan, en magnífico blanco y negro: Dylan con su cara pintada de blanco y el sombrero con plumas, junto a Ginsberg en la tumba de Kerouac, con Hurricane Carter, hablando por teléfono con un perrito que se había comprado, máscaras y guitarras. En todas, así como en el documental de Scorsese, Dylan mantiene esa mirada inasible, un poco afuera de todo lo que lo rodea, como un centro magnético alrededor del cual giran personajes y situaciones carnavalescas pero que no lo llegan a tocar del todo. Sin ese centro móvil e inaprensible, nada de lo que registra Shepard podría estar sucediendo, pero al mismo tiempo lo excede por completo. El mismo Shepard se pregunta una y otra vez “¿Quién es este tipo?” y llega a la conclusión de que el problema es que Dylan se inventó a sí mismo, inventó algo que no existía. Nadie inventó a Dylan antes que él. Y así como con los inventos “externos” (el avión o el tren de carga) que le cambiaron la vida a la gente sin que nadie se pregunte todo el tiempo cómo lo hicieron, a Dylan lo mejor es usarlo como un medio para aventurarse sin intentar descifrarlo.

Referencias bibliográficas

Dylan, Bob (2005). *Crónicas. Volumen I*. Barcelona: Global rhythm.